



Infancia de Pablo y Virginia.

PABLO Y VIRGINIA.

En la ladera oriental del monte que se eleva á espaldas del PUERTO-LUIS, en la isla de Francia (1), se ven, en un terreno antiguamente cultivado, las ruinas de dos pequeñas chozas, situadas casi en el centro de una ensenada, rodeada de escarpadas rocas, y con sola una entrada al norte. A la parte izquierda de este sitio, se descubre la montaña llamada el MORRO DE LA DESCUBIERTA, que es la atalaya desde donde se señalan las naos que aportan á la isla, y al pie de ella, la ciudad nombrada PUERTO-LUIS; sobre la derecha el camino, que va de Puerto-Luis al arrabal de las PAMPLEMUSAS (2); en seguida la Iglesia de este nombre, que se eleva, con sus avenidas de bambúes (3)

6 cañas en medio de una espaciosa llanura; y mas allá un bosque que se extiende hasta las extremidades de la isla. Enfrente se distingue la bahía DEL SEPULCRO en la playa del mar; un poco mas sobre la derecha el cabo DESGRACIADO; y despues del cabo, el anchuroso océano, donde aparecen, á flor de agua, varios islotes inhabitados, entre otros el llamado MIRA, que parece un baluarte en medio de las olas.

A la entrada de esta especie de ensenada, desde donde se descubre tanta variedad de objetos, los ecos del monte repiten sin cesar el zumido de los vientos que agitan los bosques inmediatos, y el susurro de las olas que se estrellan á lo lejos en los arenales y peñascos. Mas al pie de las chozas, no se siente ningun ruido, ni se descubren en todo su contorno mas que enormes riscos, escarpados á manera de murallas, á raiz de los quales, en sus grietas, y hasta en sus cimas, crecen grupos

de árboles donde se detienen las nubes. Las lluvias atraídas por sus picos, retratan muy amenudo en las verdipardas lómas del monte los colores del iris, y proveen de agua las fuentes de que se forma en la falda el pequeño rio nombrado de los LATANEROS (4).

En su circunferencia, reyna un profundo silencio, y todo es apacible, el ayre, la luz y las aguas. El eco apenas repite allí el murmullo de las palmeras (5), que crecen en la eminencia, cuyas largas hojas, rematando en forma de flecha, se ven continuamente agitadas por los vientos. Una apacible claridad ilumina el fondo de este recinto, á donde no penetra el sol hasta el medio dia; pero desde que apunta la aurora, bañan sus rayos toda la cumbre, cuyos elevados picos, sobrepujando á las sombras del monte, parecen de oro y púrpura sobre el azul de los cielos.

Gustaba yo de frecuentar este

sito, donde se goza á un tiempo la vista de un inmenso horizonte, y la soledad mas profunda. Estando, pues, sentado un dia al pie de estas chozas, exâminando sus ruinas, pasó no lejos de mí un hombre de abanzada edad, descalzo, con calzon largo y chaqueta, segun la costumbre de los antiguos habitantes del país, y un cayado de ébano en la mano en que se apoyaba. Eran sus cabellos blancos como la nieve, y su fisonomía magestuosa y noble. Saludéle con respeto, y él me correspondió con el mismo; y habiéndose parado á mirarme con atencion un breve rato, se dirigió adonde yo estaba, y se sentó á mi lado. Animado yo con esta demostracion de confianza, le dirigí la palabra en estos términos:

“¿No me direis, buen amigo, á quién han pertenecido estas chozas?” Y él me respondió: “Estos escombros, Señor, y este terreno inculdo, fueron habitados, ahora veinte años, por dos familias que ha-

bían encontrado aquí la felicidad. Su historia es de las mas tiernas; pero en esta isla, que está al tránsito para las Indias Orientales, ¿qué europeo puede interesarse en la suerte de algunos particulares oscuros? ¿Quién querria vivir aquí feliz, pero ignorado y pobre? Los hombres solo desean saber las historias de los grandes y poderosos de la tierra, que acaso no son de tanto provecho.”

“Ya conozco, amigo, le contesté, en vuestro semblante y modo de expresaros, que poseéis gran caudal de razon y de experiencia; y así, si no estáis de prisa, os ruego me digais todo lo que sabéis acerca de los antiguos moradores de esta serranía: y creed que el hombre, aun el mas depravado con las preocupaciones del mundo, se complace en oír hablar de la felicidad que proporcionan la naturaleza y la virtud, dirigidas por la religion.”

Entonces el anciano, despues de haber tenido aplicada breve rato la

mano á la frente , como en ademán de quien procura traer á la memoria diversas circunstancias de algun hecho , me refirió lo siguiente:

“ En el año de 1726 , un jóven natural de Normandía llamado Mr. de la Tour , despues de haber solicitado , aunque inútilmente , entrar en el servicio del Rey de Francia , y los auxilios necesarios de su familia para este fin , determinó pasar á esta isla con el objeto de mejorar su suerte. Traía en su compañía una hermosa jóven , á quien amaba con ternura , y era igualmente correspondido de ella , con la qual se habia casado en secreto y sin ninguna dote ; porque siendo ella de una rica y antigua casa y familia de su provincia , se habian opuesto al casamiento los parientes , con el pretexto de que Mr. de la Tour , no era de noble linage y caballero. Dexóla en Puerto-Luis á pocos dias de su llegada , y se embarcó para Madagascár , con la esperanza de comprar en aquella isla algu-

nos negros , y volverse prontamente á hacer aquí un establecimiento. En efecto , desembarcó en Madagascár á mediado de octubre , que es allí la estacion mas peligrosa ; y á pocos dias de haber desembarcado , murió de las fiebres pútridas , que reynan en aquella isla casi los seis meses del año , y que impedirán siempre á las naciones européas formar en ella establecimientos fixos.

Todos sus efectos fueron disipados , despues de su fallecimiento , como ordinariamente sucede á los que mueren lejos de su patria. Su muger se halló sola en Puerto-Luis , viuda , en cinta , y sin mas bienes propios que una negra , en un país extraño , sin crédito , ni recomendacion alguna. Decidida en tan triste situacion , á no mendigar favores de ningun hombre , despues de la muerte del único á quien tiernamente habia amado , é inspirándole valor su misma desgracia , determinó cultivar con su esclava , una corta porcion de terreno,

á fin de adquirirse su subsistencia con el sudor de su frente.

En una isla , casi desierta , cuyo suelo estaba á discrecion del primero que llegaba , no quiso esta pobre viuda elegir los paráges mas feraces , ni los mas proporcionados para el comercio , sino que buscando alguna quebrada de monte , algun asilo encubierto donde poder vivir desconocida y sola , se encaminó á estas breñas , para guarecerse en ellas como en un nido.

Es como una especie de instinto , comun á todos los seres sensibles y afligidos , el refugiarse á los sitios mas ásperos y desiertos ; como si los peñascos fuesen baluartes contra el infortunio , ó como si la tranquilidad de la naturaleza pudiese calmar la inquietud y zozobras del ánimo conturbado. Pero la Providencia , que viene en nuestro auxilio quando solo buscamos los bienes necesarios , tenia reservado una á Madama de la Tour , que no dan ni pueden dar el

poder y las riquezas. ¿ Y qual era este bien ? Una amiga.

Un año habia que habitaba en aqueste mismo sitio una buena muger , activa y sensible , llamada MARGARITA. Era natural de la BRETAGÑA , hija de unos pobres labradores , que la amaban como á las niñas de sus ojos , y la hubieran hecho feliz , si ella incauta no hubiera tenido la flaqueza de dar crédito á las insinuaciones amorosas de un caballero de su vecindad , aseguradas con la promesa de futuro matrimonio. Mas este inhumano , habiendo saciado su lividiosa pasion , la abandonó con crueldad , y aun se negó á asegurarle una subsistencia para el fruto que ya llevaba en sus entrañas. Ella entonces , persuadida de su desgracia , se resolvió á dexar para siempre el lugar de su nacimiento , y venir á ocultar su fragilidad á las colonias , lejos de su patria , donde habia perdido la única dote de una doncella honrada y pobre , la reputa-

cion. Un negro, ya de edad, que Margarita habia adquirido con algun dinero prestado, cultivaba con ella una rinconada de este terreno, y vivian felices.

Madama de la Tour, seguida de su negra, halló en este sitio á Margarita, que estaba dando de mamar á su hijo; y alegrándose extraordinariamente de encontrar una muger en situacion tan parecida á la suya, le significó en pocas palabras su estado antiguo y sus necesidades actuales. Inmediatamente que oyó Margarita la relacion de Madama de la Tour, quedó penetrada de compasion ácia ella; y queriendo merecer su confianza, mas bien que su estimacion, le confesó, sin disimularle nada, la imprudencia que habia cometido, añadiendo: "Yo sí que he merecido la suerte que me cabe; pero vos, señora... sin culpa y desgraciada!" Y despues de esto le ofreció con lágrimas su choza y amistad.

Madama de la Tour penetrada de

gratitud al ver tan tierna y generosa acogida, le dixo estrechandola entre sus brazos: "¡Ay buena amiga! sin duda quiere el cielo poner término á mis crueles penas, pues os inspira mucha mas compasion ácia mí, siendo como soy para vos una persona extraña, que la que he hallado hasta ahora en mis deudos mas cercanos!"

Yo conocia á Margarita, y la visitaba como amiga, pues aunque vivo legua y media de aquí en el bosque que está de la otra parte de la MONTAÑA-LARGA, me consideraba como vecino suyo. En las ciudades de Europa, una calle, un simple muro impiden á los miembros de una misma familia juntarse y comunicarse años enteros; pero en las nuevas colonias se miran como vecinos aquellos que solo viven separados por alguna montaña ó bosque. En aquel tiempo con particularidad, en que esta isla apenas tenia comercio con las Indias, la simple vecindad era un tí-

tulo para la amistad, y la hospitalidad con los extrangeros una obligacion y un placer.

Quando supe que mi vecina tenia compaÑera, vine á visitarla para ofrecerle mis servicios y ser de alguna utilidad á entrambas. Hallé en Madama de la Tour una muger de una fisonomía atractiva llena de dignidad y melancolía, y en dias de parir. Yo les díxe que convénia (por el interés de sus hijos, y particularmente por evitar que otro colono se apoderára del terreno) partiesen entre sí el fondo de este valle, cuya extension es de cerca de veinte yugadas (6).

Ellas se pusieron en mis manos para esta division, y yo formé dos porciones casi iguales. La una contenia la parte superior de este recinto, desde la extremidad de esos peñascos cubiertos de nubes, donde tiene su nacimiento el rio de los LATANEROS hasta aquella abertura escarpada que veis en lo alto del monte,

llamada la CUREÑA, porque efectivamente se semeja á una cureña de cañon. El fondo de este suelo es un puro pedregál, por el qual apenas se puede caminar; pero no obstante, produce frondosos árboles, y está manando en fuentes y arroyuelos.

En la otra porcion entraba toda la parte inferior, que se extiende á lo largo de las márgenes del rio de los LATANEROS hasta esta garganta donde nosotros estamos, desde la qual comienza á correr el rio entre dos colinas hasta el mar. Ya alcanzais á ver desde aquí aquellos listones ó faxas de prados, y un terreno bastante igual y llano; pero ni por eso es mejor que el otro, porque en lloviendo se vuelve pantanoso, y en tiempo de sequedad duro como un guijarro.

Verificadas estas divisiones, persuadí á las dos, echáran suertes sobre su propiedad. Cupo en suerte la parte superior á Madama de la Tour, y la inferior á Margarita, quedando una

y otra contentas con su parte; pero me pidieron que no me alejara de estas inmediaciones, con el fin de que pudiéramos vernos á menudo, ayudarnos y valernos mutuamente en nuestras cuitas.

Pero todavía se necesitaba una habitacion particular para cada una. La de Margarita estaba situada en medio del llano, precisamente en los confines de su terreno. Determiné, pues, construir otra igual, allí inmediato, en los lindes del de Madama de la Tour para su habitacion; por manera que estas dos amigas vivian vecinas una de otra, y en la propiedad respectiva de sus familias. Yo mismo corté las maderas en el monte, y conduxé de la rivera del mar las hojas de los lataneros, para levantar esas dos chozas que teneis á la vista sin puertas ni tejado. Ay de mí triste! demasiados vestigios existen todavía para tormento de mi memorial! El tiempo que con tanta rapidéz reduce á polvo los monumentos de los

Imperios, parece que respeta en este lugar solitario los de la amistad, para perpetuar mi dolor hasta el fin de mis dias!

Apenas habia yo concluído la segunda choza, quando Madama de la Tour dió á luz una niña; y como yo habia sido padrino del hijo de Margarita, que se llamaba PABLO, me rogó Madama de la Tour, lo fuese también de su hija, juntamente con su amiga. Esta puso por nombre á la recién nacida, VIRGINIA, y dixo: "Ella será virtuosa y feliz: yo no conocí la desgracia hasta que me extravié del camino de la virtud!"

Luego que Madama de la Tour hubo convalecido de su parto, empezaron á tomar incremento estas dos pequeñas posesiones, con el auxilio que yo de tiempo en tiempo les prestaba, y principalmente con el trabajo continuo de sus esclavos. El de Margarita, llamado DOMINGO, era un negro todavía robusto, bien que ya de dias, lleno de experiencia, y

dotado de un entendimiento bastante despejado. Cultivaba indiferentemente los dos terrenos, segun le parecian mas ó menos feraces, sembrando en ellos las simientes para que eran mas proporcionados. En las tierras medianas sembraba mijo y maíz; algo de trigo en las buenas; arroz en las pantanosas; y á raiz de las peñas, pepinos, calabazas y cohombros, que tienen la propiedad de trepar, serpeando, hasta lo mas encumbrado de ellas. En los terrenos secos plantaba batatas, donde se dan dulces como la miel; el arbol del algodón en las eminencias; cañas de azucar en las tierras recias; el café en las colinas, cuyo grano sale muy menudo, pero de excelente calidad; en las márgenes del rio, y al rededor de la habitacion banános (7), que dan varias veces al año abundante fruta y deliciosa sombra; y finalmente, algunos pies de la planta del tabaco para divertir con la pipa sus propios cuidados y los de sus bue-

nas amas. Iba al monte á cortar leña para la lumbre, componia y allanaba los caminos fragosos con las piedras que arrancaba de ésta y de la otra parte; y executaba todas estas obras con inteligencia y actividad, porque los hacía con celo.

Quería mucho á Margarita, y no menos á Madama de la Tour, con cuya negra se casó quando nació Virginia. Amaba apasionadamente á su muger, que se llamaba MARIA, y era nativa de Madagascár, de donde traxo alguna industria como la de hacer canastillos de junco y telas de yervas silvestres. Era María hacendosa, limpia, sumamente fiel, mañosa para hacer de comer, criar gallinas, y ir á vender de tiempo en tiempo á Puerto-Luis el sobrante de las dos familias, que ya ves quan poco sería. Si á esto agregais dos cabras criadas para dar leche á los hijos, y un mastin que guardaba de noche las posesiones, tendreis una idea cabal de toda la riqueza, y me-

nage de estas dos pequeñas caserías.

Ocupabanse las dos amigas en hilar algodón , desde por la mañana hasta la noche , de cuyo trabajo sacaban lo mas preciso para sustentarse á sí y à sus familias ; pero por otra parte carecían de las demas comodidades de la vida , siendo tal su pobreza , que solo se ponian zapatos los días festivos para ir á oír misa , muy de madrugada , á la Iglesia de las Pamplermusas , que veis allá abajo. Verdad es que hay mucha mas distancia desde aquí á la citada Iglesia , que á Puerto-Luis ; pero ellas iban muy rara vez á este último pueblo , por evitar el desprecio de las gentes , viéndolas vestidas de toco coton azul de Bengala , que es la tela ordinaria de que aquí se visten los esclavos.

Pero , en buenos términos : ¿ la opinion y estimacion de las gentes pueden equivaler jamas á la felicidad doméstica ? Si estas buenas mugeres pasaban un poco de mortificacion fue-

ra de su casa , encontraban en ella á la vuelta tanta mas satisfaccion y consuelo. Apenas las alcanzaban á ver Domingo y María desde esta altura , por el camino de las Pamplermusas , baxaban al punto muy alegres hasta la falda , para ayudarles á subir ; y leyendo ellas en los ojos de sus esclavos el gozo que tenían en verlas volver , hallaban en sus casas el aséo , la franqueza , y los bienes que unicamente debian á sus propias fatigas , y á las de unos criados como los suyos penetrados de verdadero celo y cariño. Ellas mismas , unidas por las mismas necesidades é infortunios , dándose mutuamente los dulces nombres de amiga , hermana y compañera , no tenían mas que una voluntad , un interés y una mesa , siendo todo comun entre las dos. Una religion pura acompañada de costumbres castas é irreprehensibles , dirigía su espíritu ácia la vida futura , como la llama que vuela ácia el cielo,

quando le falta pábulo sobre la tierra.

El desempeño de las obligaciones de la naturaleza aumentaba la felicidad de su sociedad, y su amistad mutua se redoblaba á la vista de sus hijos, fruto de unos amores igualmente malogrados. Se complacian en labarlos en un mismo baño, en acostarlos en una misma cuna, y en cambiarles á veces de pecho; y en semejantes acasiones solia decir Madama de la Tour, á Margarita: "Amiga, cada una de nosotras tendrá dos hijos, y cada uno de nuestros hijos dos madres." Otras reclinadas sobre las cunas de sus hijos hablaban de su casamiento; y esta perspectiva de felicidad conyugal, con que ellas engañaban sus propias penas, remataba comunmente por hacerlas llorar, acordándose la una de que sus males le habian sobrevenido por haber mirado con descuido el himenéo, y la otra por haberse sometido á sus leyes: aquella por haber querido ele-

vase sobre su estado, y ésta por haber baxado de él. Pero en medio de estas consideraciones, se consolaban con la dulce idea de que sus hijos, mas felices que ellas, gozarían algun dia de los puros y sabrosos placeres del amor conyugal, y la venturosa paz que resulta de la igualdad en los matrimonios.

En efecto, nada era comparable al amor que los dos niños empezaban á tenerse. Si Pablo se quejaba le presentaban á Virginia, y al punto que la veía, se sonreía y callaba. Si Virginia se hallaba en algun apuro, inmediatamente se advertia por los gritos de Pablo; pero esta amable niña disimulaba al instante qualquiera desazon, porque él no participára de ella. Nunca llegaba yo á estas chozas que no los encontráse abrazados en medio del campo, sosteniéndose uno á otro por debaxo de los brazos, quando apenas podian tenerse de pie, bien así como suele representarse en el cielo, la constelacion

de Géminis (8). ¡Quantas veces me he deleytado en verlos tendidos en el suelo, profundamente dormidos y soñando, hasta tener que despertarlos para libertarlos de la pesadilla de los sueños, que regularmente perturbaban la imaginacion de los muchachos!

Luego que empezaron á hablar, los primeros nombres que aprehendieron á darse, fueron los de hermano y hermana, que son los mas dulces que conoce la infancia. Su educacion no hizo mas que redoblar su amistad, dirigiéndola ácia sus necesidades reciprocas. Virginia se halló muy temprano en estado de gobernar la casa, cuidar de su aséo y disponer una comida campestre, siendo elogiada siempre por su hermano en todo lo que hacía. Pablo todo el dia en continuo movimiento cababa en el jardin con Domingo, ó le seguia al monte con una hachuela en la mano; y si por el camino avistaba una hermosa flor, alguna fruta rara, ó un nido de pajaritos, aun quando

estuviera en la cima de un arbol, trepaba á él para cogerle y llevárselo á su hermana.

Quando se le encontraba á el uno en algun parage, era seguro que el otro no estaba lejos. Un dia que yo baxaba de la cumbre de ese monte, divisé á Virginia al extremo de la huerta, que corria ácia casa con el zagalejo por encima de la cabeza, para defenderse del agua de una nube pasajera. De lejos la creí sola; pero habiéndome acercado para conducirla de la mano y ayudarla á caminar, ví que llevaba del brazo á Pablo, casi todo tapado con el zagalejo, y muy ufanos los dos de verse á cubierto del aguacero, debaxo de aquel para-aguas de su invencion. Los dos graciosos niños, cobijados con el ahuecado zagalejo, me hicieron acordar entonces de los hijos de Léda (9), encerrados en una misma concha.

Todo su estudio lo ponian en complacerse uno á otro, y ayudarse mutuamente. No sabian leer ni es-

cribir, eran ignorantes como los criollos, y no vivían inquietos por averiguar lo que había pasado en tiempos remotos ó lejos de ellos, ni se extendía su curiosidad mas allá de este monte. Creían que el mundo no pasaba de las extremidades de su isla, y no se figuraban que hubiese cosa buena ni apetecible donde ellos no estaban. Su afecto mutuo y el de sus madres ocupaban toda la actividad de sus almas. Ignoraban lo que era robo, porque todo era comun entre ellos; no conocían la mentira, porque no tenían verdades que disimular; ni menos la gula y la intemperancia, porque tenían á su discrecion manjares simples é inocentes. Sus religiosas madres les habían enseñado á temer y amar á Dios, inspirándoles una sublime idea de sus atributos; y veneraban á la Divinidad en la Iglesia, en su casa, en los campos y en los bosques, levantando á todas horas al cielo sus manos inocentes, y un corazón pene-

trado del amor de sus madres.

Así se pasó su primera infancia, como una bella aurora, que anuncia un día mucho mas hermoso y apacible. Ya llegó el tiempo de aliviar á sus madres en el cuidado de los negocios domésticos. Inmediatamente que el canto del gallo anunciaba la venida de la aurora, se levantaba Virginia, iba por agua á la vecina fuente, y volvía con ella á casa para disponer el desayuno. De allí á poco, luego que el sol doraba con sus rayos de fuego las cimas de este recinto, se pasaban Margarita y su hijo á la choza de Madama de la Tour, donde daban gracias á Dios todos juntos antes de ponerse á almorzar. Comunmente se desayunaban á la puerta de casa, sentados sobre la verde alfombra de fragante yerva, debaxo de los frondosos babáños, que á un mismo tiempo les suministraban manjar preparado en su sabrosa fruta, y delicado mental en sus anchas y lustrosas hojas.

Un alimento abundante y saludable contribuía á que medraran rápidamente los dos jóvenes, y una educación dulce pintaba en su fisonomía la pobreza y contento de sus almas. Virginia no tenía mas que doce años, y su estatura era ya mas que mediana. Sus largos y rubios cabellos le sombreaban la frente, y sus ojos azules y labios de coral brillaban con apacible esplendor sobre la blanca y fresca tez de su semblante. Las niñas de sus ojos se sonreían de concierto siempre que hablaba; mas cuando estaba callada, y su obliquidad natural ácia el cielo, les daba toda la expresion de una sensibilidad extrema, y aun de una ligera melancolía.

En Pablo se descubrían ya todos los caracteres de un hombre en medio de las gracias de la adolescencia. Su estatura era mayor que la de Virginia, el color de su rostro mas atezado, su nariz mas aguileña, y sus ojos, que eran negros como el acebache, tendrían algun tanto de altivez,

si las largas pestañas, que á manera de pinceles brillaban en contorno de ellos, no les hubieran comunicado la mayor apacibilidad y dulzura. Aunque todo el día estaba en continuo movimiento, se sosegaba al instante que veía á su hermana, y iba á sentarse á su lado. En la mesa apenas se decían una palabra; y en su silencio, en la naturalidad de sus posturas, como en la hermosura de sus pies descalzos, me parecia estar viendo varias veces uno de aquellos grupos antiguos de marmol blanco, que representa algunos de los hijos de Niobe (10).

Aunque Madama de la Tour observaba con complacencia el aumento de las gracias y atractivos de su hija, sentía sin embargo cierta inquietud secreta, igual á su ternura, que le hacía decirme algunas veces: "¿Qué sería de la pobre Virginia, si yo faltase?"

Tenia en Francia Madama de la Tour una tia, de distinguido naci-

miento, rica, vieja y soltera, la qual se habia negado cruelmente á socorrerla, quando se casó en secreto, y á quien desde entonces habia jurado no recurrir en su vida, aunque se viese reducida á la última miseria. Pero desde que fué madre, ya no temió el sonrojo de ser desatendida.

Escribióle á su tia la inesperada muerte de su marido, el nacimiento de su hija, y la triste situacion en que se hallaba en un país tan distante del suyo, sin amigos ni parientes, y con la nueva carga de una niña; pero no tuvo respuesta. A pesar de este desayre y de ser Madama de la Tour de un carácter firme y elevado, no temió humillarse y exponerse á las injurias de su tia, que nunca le habia perdonado el haberse casado con un hombre, que aunque honrado, era de nacimiento inferior al suyo; y así continuó escribiéndole, siempre que hallaba ocasion, á fin de excitar su compasion á favor de Virginia. Pero se pasaron

algunos años sin recibir de ella la menor señal de reconciliacion.

Ultimamente el 1738, á los tres años de haber llegado á esta isla su gobernador Mr. de la Bourdonais, supo Madama de la Tour que este señor tenia para ella una carta de su tia. Corrió al instante á Puerto-Luis, sin reparar en aquella ocasion en presentarse mal vestida, haciéndola superior á todos los respetos mundanos la alegría maternal que la alentaba.

El contenido de la carta de la tia se reducía á decir á la sobrina: que era merecedora de la suerte que tenia, por haberse casado con un aventurero libertino; que las pasiones llevaban en pos de sí el castigo; que la muerte prematura de su marido era uno de los mas justos del cielo; que habia hecho muy bien en pasar á las islas, antes que deshonorar á su familia en Francia; finalmente que estaba en buena tierra, donde todo el mundo hacía fortuna menos los holgazanes."

Después de haberla vituperado de este modo, concluía alabándose á sí misma, y diciendo: "que ella para evitar las consecuencias, casi siempre funestas del matrimonio, no había querido casarse jamás." Pero la verdad del hecho es, que como tenía una ambición desordenada, no había intentado casarse, sino con un hombre de muchas circunstancias; mas á pesar de sus grandes riquezas, y de que en la Corte todo se mira con indiferencia, menos el dinero, no hubo quien quisiera tomar por esposa á una muger tan fea y de entrañas tan crueles.

En post-data añadía, "que sin embargo de todo lo dicho la había recomendado eficazmente á Mr. de la Bourdonais." Y en efecto lo había hecho así, pero según la costumbre, demasiado recibida hoy día, que hace á un protector mas temible, que un amante declarado. El caso es, que á fin de justificarse para con el gobernador de la crueldad

con que había tratado á su sobrina, la había calumniado, aparentando compadecerse de ella.

Madama de la Tour, á quien qualquiera otro hombre indiferente no hubiera podido mirar sin interés y respeto, fue recibida con mucha frialdad de Mr. de la Bourdonais, prevenido de antemano contra ella; y solo contextó á la patética exposición que le hizo de su triste situación y de la de su hija, con estas enfáticas y duras expresiones, pro-paladas interrumpidamente: "Yo veré. . . discurrirémos. . . con el tiempo. . . ; son muchos los necesitados! . . . ¿por qué disgustar á una tia respetable? . . . vos sois la que teneis toda la culpa."

Volvióse Madama de la Tour á su choza, con el corazón anegado en sentimiento, y traspasado de amargura. Inmediatamente que entró en casa se sentó, arrojó la carta de su tia sobre la mesa, y exclamó á su amiga: " ; He aquí el fruto de onco

años de paciencia!" Pero como ninguno sabía leer sino ella, volvió á tomar la carta, y se la leyó á Margarita á presencia de sus hijos.

Apenas hubo acabado, quando Margarita le dixo con desenfado: "¿Qué necesidad tenemos nosotras de vuestros parientes? ¿Nos ha abandonado Dios por ventura? El solo es nuestro padre. ¿No hemos vivido felices hasta el dia de hoy? Pues ¿por qué os angustiais? ¡vaya, que no tenéis valor!" Y viendo que lloraba Madama de la Tour, se arrojó á su cuello, y estrechandola entre sus brazos, exclamó: "¡Querida amiga mia! ¡querida amiga!" Pero sus propios sollozos no le permitieron articular otra palabra.

Al ver esto Virginia, derramando copiosas lágrimas, apretaba alternativamente las manos de su madre y de Margarita contra su boca y corazón; y Pablo, con los ojos inflamados de cólera, gritaba, apretaba los puños y pateaba, sin saber

á quién atribuir la culpa de lo que pasaba. Acudieron á las voces Domingo y María, y no se oía en toda la casa mas que estos acentos de dolor: "Ay, señora! . . . ay, ama de mi vida! . . . madre mia. . . no lloréis."

Estas demostraciones tan tiernas de afecto, mitigaron lo pesadumbre de Madama de la Tour, la qual, tomando en sus brazos á Pablo y Virginia, les dixo con semblante placentero: "Hijos míos, vosotros sois la causa de mi afliccion, pero tambien lo sois de mi alegría. ¡O amados hijos míos! la desgracia no me ha venido de cerca, sino de lejos; la felicidad la tengo al rededor de mí."

Pablo y Virginia no la comprendieron, pero así que la vieron contenta y sosegada, empezaron á sonreirse y hacerle caricias. Así continuaron todos siendo felices, no habiendo sido aquel accidente, sino como un turbion en un dia sereno y despejado de primavera.

Cada día manifestaban mas y mas estos dos jóvenes la bondad natural de sus corazones. Un Domingo, al rayar el alba, habiendo ido sus madres á la primera misa á la Iglesia de las Pamplenas, se presentó una negra marrona (11) debaxo de los banános que circundaban la casa, la qual parecia un esqueleto de puro flaca, y no llevaba mas ropa sobre su cuerpo, que un pedazo de arpillera al rededor de la cintura. Se echó la negra á los pies de Virginia, que estaba disponiendo de almorzar para la familia, y le dixo:

“Caritativa señorita mia, compadeceos de una pobre esclava fugitiva, que hace un mes anda errante y quasi muerta de hambre por estas sierras, y á veces perseguida de los cazadores y de sus perros. Vengo huyendo de mi amo, que es un colono rico de las riberas de Rio-Negro, el qual me ha tratado como veis.” Y al mismo tiempo le mostró su cuerpo, surcado de arriba abaxo de

cicatrices y costurones, efecto de los fuertes latigazos que habia recibido de su amo.

Virginia, toda condolida y penetrada de lástima, exclamó: “Anímate, pobrecita negra! come, come.” Y le dió el almuerzo que tenia dispuesto para los de casa. La esclava lo devoró todo en breves instantes; y viéndola Virginia harta y satisfecha, volvió á exclamar:

“¡Pobrecita, pobrecita esclava! impulsos me dan de ir á pedir á tu amo que te perdona, pues en viéndote, no es posible que dexede moverse á compasion. ¿Quieres guiarme á donde él tiene su morada?”

“Angel del cielo, replicó la negra, por lo que á mí toca estoy muy pronta á seguiros á donde querais; pero la posesion de mi amo está distante de aqui.”

“No importa, no importa” respondió Virginia, con una viveza hija de la ternura de sus entrañas. Y

en esto llamó á Pablo, y le rogó que la acompañara.

La esclava los fué conduciendo por sendas muy fragosas, atravesando selvas y escarpados montes, que treparon con mucha dificultad, y vadearo rios profundos, hasta que finalmente llegaron, cerca de medio dia, á la colina, que está sobre la ribera de RIO-NEGRO, desde donde descubrieron una casa bien construída, grandes plantíos, y una catterva de esclavos ocupados en todo género de trabajos. Su señor, que andaba paseandose por medio de ellos, con una gran pipa en la boca y un látigo en la mano, era un hombre alto, seco, amulatado, de ojos hundidos y cejijunto.

Virginia toda inmutada y asida al brazo de Pablo, se acercó al colono, y le suplicó que por amor de Dios perdonára á su esclava, que quedaba un poco mas atrás. Al pronto no hizo mucho caso el colono de los dos muchachos viéndolos pobremen-

te vestidos; pero habiendo observado despues el delicado talle de Virginia, y sus hermosos cabellos rubios que le salian por debaxo del pañuelo azul que llevaba al rededor de la cabeza, y oído el metal de su dulce voz que le temblaba, como todo su cuerpo, al tiempo de pedirle por la esclava; se quitó la pipa de la boca, y levantando el látigo en alto y prorrumpiendo en una exécrable maldicion, prometió perdonarla, no por el amor de Dios, sino por Virginia. Fuera de sí la muchacha con esta gracia, hizo señá á la esclava para que se acercára á su amo; y en esto echó á correr aceleradamente, siguiéndola Pablo.

Volvieron á subir el monte por donde habian baxado, y llegando á la cumbre, se sentaron al pie de un arbol, muertos de cansancio, de hambre y de sed, despues de haber andado en ayunas al pie de cinco leguas. Hallándose de aquella manera fatigados, dixo Pablo á Virginia:

“Hermana mía, ya son mas de las doce, y tú tienes hambre y sed. Aquí es imposible que hallemos de comer; y así mejor será que volvamos á baxar á la ribera, y pidamos al amo de la esclava nos dé alguna cosa para desayunarnos.”

Ay! eso no, Pablo, respondió Virginia: todavía estoy temblando con el susto que he pasado al hablarle! Acuérdate sino de su figura, y de aquello que suele decir mamá: EL PAN DEL MALO, LLENA LA BOCA DE ARENA.

“Pues que hemos de hacer? replicó Pablo: estos árboles no producen ninguna fruta buena, y por aquí ni siquiera se descubre un tamarindo (12) ó un naranjo, para poder refrescar la boca.”

“Dios se compadecerá de nosotros, contextó Virginia, pues oye el piar de los pajarillos, que le piden de comer.”

Apenas hubo dicho estas palabras, quando sintieron el ruido de

una fuente, que caía de lo alto de un peñasco inmediato. Corrieron allá, y despues de haber apagado la sed en sus aguas mas puras que el cristal, cogieron un manajo de berros de los que crecian en sus bordes, y comieron de ellos.

En esto, como anduviesen de una parte á otra, por ver si encontraban mas sustancioso alimento, descubrió Virginia, entre la espesura de los árboles, una palmera nueva. El cogollo ó cebolleta que arroja este árbol junto á los arranques de las ramas, es de muy buen comer: pero aunque el tronco apenas era mas grueso que un muslo, tenia mas de sesenta pies de elevacion. Por otra parte, bien que la madera de este árbol sea un texido de filamentos ó hebras delicadas, su núcleo ó corazon es tan duro, que rechaza y embota las mejores hachas, y Pablo ni siquiera llevaba una mala navaja. Occurrióle, pues, pegarle fuego al pie, pero se halló con la nueva di-

ficultad de que le faltaba eslabón ; y por otro lado no creo que en esta isla, que es toda ella un puro peñascal, se encuentre un solo pedernal.

La necesidad es madre de la industria, y por lo comun, las invenciones mas útiles se han debido á los hombres mas miserables. Resolvió Pablo sacar lumbre al modo de los negros ; y á este fin hizo un agujerito con la punta de una piedra en una rama muy seca, y aguzando despues, con el corte de la misma piedra, un palito igualmente seco, pero de árbol de especie diferente, sujetó la rama entre las rodillas. Hecho esto, introduxo el palito en aquel agujero ; y dándole vueltas entre las manos, como quien bate chocolate, no tardó en ver salir chispas y humo del punto de contacto. Juntando entonces yervas y ramas secas de árboles, encendió una hoguera al pie de la palmera, la qual en breve tiempo dió consigo en tierra con grande estrépito.

El fuego le sirvió tambien para despojar la cebolleta de las largas hojas leñosas y picantes en que está envuelta ; y habiendo comido él y Virginia parte de la cebolleta cruda, y parte asada en el rescoldo, fué para su paladar el manjar mas sabroso y delicado. Hicieron aquella comida frugal con la mayor alegría, acordándose de su buena accion que habian practicado por la mañana ; pero les turbaba su alegría, el recuerdo de la pena que tendrian sus madres por su larga ausencia de casa, y Virginia hablaba de esto á cada instante. Pero Pablo, sintiéndose mas reforzado, le aseguró que no tardarian en sacarlas de aquel cuidado.

Despues de haber comido, se vieron de nuevo embarazados, pues les faltaba quien les enseñára el camino para volverse á su casa. Mas Pablo, á quien nada de este mundo acobardaba, dixo á Virginia : " Nuestra posesion cae al sol de medio dia, nosotros debemos atravesar, como es

10679

ta mañana, la cumbre de aquella sierra que ves allá abaxo con sus tres picos. Vamos, pues, Virginia, echemos á andar."

Positivamente, la sierra ó montaña que decia Pablo, era la de los TRES PECHOS (13), así nombrada por los tres picos que sobresalen en ella, en figura de pechos. Baxaron por consiguiente al morro ó collado de RIO-NEGRO de la parte del norte, y llegaron, de allí á una hora, á la orilla de un rio que les cortaba el paso.

Esta gran parte de la isla, cubierta de selvas y malezas, es, aun en el día, tan poco conocida, que muchos de sus montes y rios carecen de nombre propio. El que ellos encontraron corre despeñado entre rocas, y el ruido de su corriente, asustó de tal modo á Virginia, que no se atrevió á vadearlo. Pero Pablo, tomándola en sus hombros, pasó así cargado por los resvaladizos guijarros del rio, á pesar del ímpetu de sus aguas.

"No tengas que temer, Virginia (le decia), que no me pesas nada, antes me siento mas animoso contigo á cuestras. Si el colono de RIO-NEGRO te hubiera negado el perdon de la esclava, las hubiera habido conmigo esta mañana."

"Cómo! exclamó Virginia: ¿con aquel hombre tan altón y de genio tan malo? Jesus! á lo que te expuse. Valgame Dios! ¡quan difícil es hacer bien, y quan facil lo contrario!"

Quando Pablo llegó á la orilla opuesta, quiso continuar el camino cargado con su hermana, lisongeándose de que podría subir así la montaña de los TRES PECHOS, que veía enfrente, como á media legua de distancia. Pero faltandole las fuerzas á poco rato, se vió precisado á baxarla de sus hombros y sentarse á descansar á su lado.

Virginia le dixo entonces: "Hermano, el dia comienza ya á declinar: tú todavia tienes fuerzas para

caminar, y á mí mé faltan. Déxame aquí, y vete tú solo á casa, para tranquilizar á nuestras madres."

"Írme yo solo! exclamó Pablo: no, no me apartaré de tí, hermana. Si nos coge la noche en esta serranía, encenderé lumbre, derribaré en ella otra palmera, tú comerás el cogollo, y yo te haré con las hojas un ajupa (14) para que duermas al abrigo."

Entretanto Virginia, habiendo descansado un poco, cogió algunas hojas de escolopendra (14) de una rama de este árbol, que pendía sobre el río, y se las ajustó á las piernas, á manera de borceguíes, porque las piedras del camino de tal modo le habian lastimado los pies, que le corrian sangre; pues con la precipitacion y deséo de ser útil, se le habia olvidado calzarse. Y sintiéndose mas consolada con la frescura de las hojas, arrancó una caña de bambu, y se puso en camino, apoyada una mano á la caña, y otra al hombro de su hermano.

Así iban caminando paso entre paso por medio de las selvas, quando la altura de los árboles y la espesura de sus hojas, les hicieron perder de vista la montaña de los TRES PECHOS, que era el punto de su direccion, y aun el sol que iba ya á tocar al término de su carrera. De allí á poco rato se extraviaron, sin advertirlo, de la senda trillada que hasta entonces habian seguido, y se encontraron metidos en un laberinto sin salida de árboles, de breñas y matorrales. En tan gran conflicto, dixo Pablo á su hermana que se sentára, y él empezó á correr de una parte á otra, como fuera de sí, buscando arbitrio cómo salir de aquella espesura; pero se fatigó en valde. Subióse á lo último de un árbol muy alto para descubrir á lo menos la montaña de los TRES PECHOS; pero no vió al rededor de sí mas que las cimas de otros árboles mas elevados, algunos de los quales estaban iluminados por los últimos rayos del sol casi traspuesto.

A este tiempo la sombra de los montes cubria ya los bosques y arboledas de los valles; el ayre iba calmando poco á poco, como suele acontecer al ponerse el sol; un profundo silencio reynaba en aquellos páramos, y solo se oían los bramidos de los cierbos, que iban á buscar sus madrigueras nocturnas entre la espesura de aquellos tan yermos lugares. Pablo con la esperanza de que algun cazador pudiese oírle, gritó entonces con todo su vigor: "Venid, venid al socorro de Virginia!" Pero los ecos del monte fueron los únicos que respondieron á su voz, repitiendo otras tantas veces: "Virginia. . . Virginia."

Baxóse en esto del árbol muy acongojado, y comenzó á buscar medios de pasar la noche en aquel sitio; pero no habia fuente, ni palmera, ni aun leña seca con que hacer lumbre. Entonces conoció por propia experiencia la debilidad de sus recursos, y se puso á llorar.

Virginia le dixo: "No llores, Pablo, si no quieres affigirme mas: yo soy la que tengo la culpa de todas tus penas, y de la que á estas horas estarán sintiendo nuestras madres; nada se debe hacer, ni aun el bien, sin consultar á los padres: ¡qué imprudencia la mía!" Y en esto echó tambien á llorar.

Mas de allí á poco rato, dixo á Pablo: "encomendémonos á Dios, hermano, y se compadecerá de nosotros." Y apenas habian acabado su oracion, quando oyeron ladrar un perro.

"Sin duda, dixo Pablo, este es perro de algun cazador, que viene por la noche á matar cierbos al acecho." Los ladridos se aumentaron de allí á poco. "Me parece, dixo Virginia, que es LEAL, el mastin de nuestra casa. . . sí. . . le conozco en el ladrar. . . si estaremos ya en nuestra posesion."

En esto se presentó á sus pies LEAL, ladrando, ahullando y co-

miéndoselos á caricias. Ellos estaban fuera de sí viendo á su mastin , y las fiestas que les hacía , sin acertar á salir de aquel sobresalto. En este intermedio avistaron á Domingo , que corría ácia ellos ; y á la llegada de este buen negro , que lloraba de gozo , echaron á llorar ellos tambien sin poderle decir una palabra.

Luego que Domingo tomó un poco de aliento , exclamó : " ¡ Ah hijos míos ! ¡ qué sentimiento tienen vuestras madres ! ¡ cómo se quedaron sorprendidas , quando al volver de la Iglesia á donde yo las había acompañado , no os encontraron en casa ! María no les supo decir á dónde habíais ido , porque estaba trabajando en un rincón de casa . Yo andaba de aquí para allí sin saber donde buscaros , hasta que últimamente tomé vuestra ropa vieja , y se la dí á oler á LEAL (15) ; y el pobre animalito , como si me hubiese entendido , inmediatamente empezó á rastrear vuestras pisadas , y me condujo , dan-

do sin cesar á la cola , hasta RIO-NEGRO , donde me dixo un colono que le habíais llevado una negra , á quien por vuestros ruegos habia concedido el perdon . Pero , ¡ qué perdon ! Allí me la mostró atada á un madero , con una cadena al pie , y un collarde yerro á la garganta con tres escarpías . Desde allí se dirigió LEAL , rastreando siempre , á la montaña de RIO-NEGRO donde se detuvo algun tiempo , ladrando con la mayor fuerza en el borde de una fuente , junto á una palmera recién caída , y cerca de una hoguera que todavía humeaba . Finalmente , acaba de traerme aquí , que es la falda de la montaña de los TRES PECHOS , y todavía faltan quatro leguas largas hasta nuestra posesion . Vaya , vaya : comed ahora , y tomad ánimo ."

Y diciendo esto sacó una torta de pan , varias frutas , y una gran calabaza llena de un licor compuesto de agua , vino , zumo de cidra , azúcar y nuez moscada , que sus ma-

dres habian preparado para darles refrigerio y confortarlos.

Virginia suspiraba, acordándose de la pobre esclava y de la inquietud de sus madres, y repetia muchas veces, "¿qué difícil es hacer bien!"

Mientras los dos tomaban alimento sacó lumbre Domingo, y habiendo buscado una especie de madera tortuosa, llamada de arder, hizo un hachón, y lo encendió, porque era una noche. Pero se halló sumamente embarazado, quando se trató de ponerse los tres en camino.

Pablo y Virginia no podian dar un paso, porque tenian los pies muy hinchados y de color de sangre. El pobre Domingo no sabía si volverse á casa á buscar auxilio para los niños, ó pasar allí la noche con ellos; y en aquel conflicto exclamaba: "¿Adónde se ha ido aquel tiempo en que ya os llevaba á los dos juntitos en mis brazos! Pero ahora vosotros ya sois grandes, y yo viejo."

Estando así perplexo, se apareció una cuadrilla de negros marrones á corta distancia de ellos, y acercándose el caudillo á Pablo y Virginia, les dixo: "No os asusteis, mis buenos niños blancos: esta mañana os vimos pasar con una esclava de RIO-NEGRO, y sabemos que habeis ido á pedir perdon para ella á su mal amo; y así en reconocimiento de tan generosa acción, nosotros os conduciremos á vuestra posesion en nuestros propios hombros." Y á una señal suya, quatro negros de los mas robustos formaron al instante una especie de andas de rama de árboles, entretejidas con lianas (16) ó enredaderas; colocaron en ellas á los dos muchachos, y precediéndoles Domingo con su hacha de viento, partieron de allí; en medio de repetidos gritos de júbilo de toda la cuadrilla, que les colmaba de bendiciones. Virginia, enternecida, dixo á Pablo: "¡O hermano mio! nunca dexa Dios sin galardón una acción buena."

Llegaron á media noche al pie de su montaña , cuya cumbre estaba iluminada con varias hogueras ; y al tiempo de subir oyeron que les gritaban y decian : "¿ Sois vosotros hijos míos ? " Y ellos respondieron auna con los negros : " Sí señoras : nosotros somos , nosotros somos ! "

Acercáronse mas , y vieron á sus madres y á María , que les salian al encuentro con teas encendidas , " ¿ De dónde venís , hijos cuitados , exclamó Madama de la Tour ? "

" Venimos , respondió Virginia , de RIO-NEGRO , de pedir el perdon para una esclava , á quien he dado esta mañana todo el desayuno de la familia , porque la póbrecita estaba cayéndose muerta de hambre ; y estos negros reconocidos , nos han traído en hombros hasta aquí . "

Madama de la Tour abrazó á su hija sin poder articular palabra ; y Virginia que sentía húmedecerse sus mejillas con las lágrimas que corrian por las de la madre , le dixo : " Vos me

indemnizais con exceso , madre mia , de los trabajos que hoy he pasado . "

Margarita enagenada de gozo , estrechaba á Pablo entre sus brazos , y le decia : " ¿ Y tú tambien , hijo mio , has hecho una buena accion ? "

Luego que llegaron con sus hijos á casa , dieron bien de comer á los negros , los quales se volvieron á las selvas , deseándoles toda suerte de prosperidades .

Todos los dias eran para estas familias , dias de dicha y de paz inalterable . La envidia ni la ambicion no las atormentaban . No descaban una vana reputación exterior que da la íntigra , y quita la calumnia ; bastábales ser ellas mismas los testigos y jueces de sus acciones . En esta isla , donde (como en todas las colonias européas) solo se desea saber anécdotas malignas ; sus virtudes , y aun sus nombres , eran ignorados y desconocidos . Solamente quando algun pasagero preguntaba , desde el camino de las Pamplermusas , á los habitan-

tes del llano : "¿Quién vive en aquellas dos chozas que están allá en el alto?" Estos respondian sin conocerlas : "son unas buenas gentes." A este modo las violetas ocultas entre zarzas y espinos exálan á lo lejos aromas suaves.

Ellas habian desterrado de sus conversaciones la maledicencia y la murmuracion que , socolor de justicia , dispone necesariamente el corazon á la simulacion ó al aborrecimiento ; porque es poco ménos qu imposible dexar de aborrecer á los hombres, si se piensa mal de ellos, y vivir con los malos , si no se les oculta el ódio con falsas apariencias de benevolencia. De aquí es que la maledicencia nos obliga á estar mal con nuestros semejantes , ó con nosotros mismos.

Pero Madama de la Tour y su compañera , sin juzgar á los hombres en particular , solo se ocupaban en buscar los medios de hacer bien á todos en general ; y aunque esto no estaba en su mano , tenían á lo me-

nos una voluntad constante de hacer bien , que les inspiraba una benevolencia dispuesta siempre á extenderse á todos. Por consiguiente , viviendo en la soledad , lejos de ser feroces é intratables , se hicieron mas compasivas y humanas.

Si la historia escandalosa de la sociedad no suministraba materia á su conversacion , la de la naturaleza arrobaba sus almas en dulces éxtasis. En este reducido espacio admiraban con respeto y reconocimiento el poder de una Providencia que, por sus manos , habia derramado , en medio de la aridez de estos peñascos, la abundancia , las gracias y los placeres siempre puros , y siempre renacientes.

Pablo á la edad de doce años mas robusto y mas inteligente que los européos á la de quince , hermo seaba por sus manos lo que Domingo no hacía mas que cultivar. Iba con él á los vecinos montes á desarraigar el tierno limonero , el naran-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALEJANDRO REYES"
 4000-3023 MONTERREY

jo, el tamarindo, cuya coronilla es de un verde muy hermoso, y el atero (17), cuya fruta, llena de una sustancia azucarada, despidió de sí la fragancia del azahar. Trasplantaba estos árboles, ya crecidos, al rededor de este recinto, y sembraba las simientes de otros que, al segundo año llevan flores ó frutos, como el agatío (18), al rededor del qual penden en figura circular, á manera de colgantes de araña de cristal, largos racimos de flores blancas; el lila de Persia (19), que eleva verticalmente sus girándulas de color morado; el papayo (20), cuyo tronco sin ramas, en forma de columna claveteada toda de melones verdes, remata en un capítel de muy anchas hojas, parecidas á las de la higuera.

Tambien habia sembrado varias pepitas y huesos de árboles, como mangles (21), guayavos (22), paltos (23), jaceros (24) y jambe-

ros (25), de los quales la mayor parte daban ya sombra y fruta á su joven amo, cuyas laboriosas manos derramaron la fertilidad hasta en los parages menos fecundos de esta quebrada. Diversas especies de aloës (26), la raqueta (27) cargada de flores amarillas matizadas de encarnado, los cirios espinosos (28), se elevaban sobre las negras cimas de los peñascos, y parecia que querian competir y enlazarse con las largas lianas de flores azules y escarlatadas, que pendian acá y allá por todo el repecho de la montaña.

Habia distribuido y colocado con tal orden aquellos vegetales, que se podia gozar de su vista á la primer ojeada; porque en el centro estaban las plantas que se elevan poco, despues los arbustos, luego los árboles medianos, y últimamente los grandes en toda la circunferencia. Por manera que este vasto circuito, mirado desde el centro, presentaba á la vista un anfiteatro de verdor,

de frutas y de flores, que contenia al mismo tiempo hortalizas, praderías, y campiña de arroz y trigo.

Pero Pablo sujetando los vegetales á su plan, no se apartaba del de la naturaleza, antes por el contrario siguiendo sus lecciones, plantaba en las eminencias aquellos, cuyas semillas son volátiles, y á la orilla del agua los que las tienen propias para sobrenadar. De esta manera cada vegetal crecía en su sitio proporcionado, y cada sitio recibía del vegetal su adorno natural. Las aguas que baxan de la cumbre de estos montes, formaban en el fondo del valle, aquí fuentes, allí estanques, que á manera de espejos, en medio de la frondosidad, duplicaban en el cristal de su corriente, los árboles en flor, las rocas y el azul de los cielos.

A pesar de la enorme desigualdad del terreno, todos aquellos plantíos eran, por la mayor parte, tan accesibles al tacto, como á la vista. Bien es que todos nosotros le ayudá-

bamos con nuestros consejos y trabajo, para llevar al cabo sus empresas. El practicó una senda, todo en rededor de este recinto, de la qual muchos ramales llegaban ya de la circunferencia al centro; y por otra parte supo sacar partido de los parages mas fragosos, y conciliar, con la mas feliz armonía, la comodidad del paséo, con la aspereza del suelo, y los árboles domésticos, con los silvestres. De la enorme cantidad de piedras movedizas que embarazan estos caminos, como la mayor parte del terreno de esta isla, formó acá y allá pirámides, en cuyas bases, llenas de guijo y tierra, plantó rosales, poinciana (29) y otros arbustos, que se crian bien entre peñas; y á poco tiempo estas pirámides informes y de sombrío aspecto, se cubrieron de verdor y del esmalte de las flores mas bellas.

Las hondonadas y barrancos, guardados de árboles antiguos, cuyas ramas inclinadas sobre los bordes, for-

maban como bovedas subterranas, impenetrables al calor, eran lugares de asilo contra los rayos del sol, donde tomaban el fresco por el dia las dos familias. Una vereda conducia á un soto de árboles silvestres, en cuyo centro crecia, al abrigo de los vientos, un árbol doméstico cargado de fruta. Aquí habia una mies, allá un vergel: por esta calle se descubrian las cabañas; por aquella las cimas inaccesibles de la montaña. Habia un bosquecito tan espeso de tacamacos (30) entretexidos con lianas ó enredaderas, que no se distinguía en él ningún objeto en la mayor fuerza de la luz del dia.

Desde la extremidad de ese gran peñasco, que sale del monte, se descubrian todos los objetos de este recinto, con el mar á lo lejos, donde aparecia de quando en quando alguna nave que venía de Europa ó regresaba á ella; y ahí era donde se juntaban las dos familias al caer el dia, y gozaban en reposo de la fres-

cura del ayre, de la fragancia de las flores, del murmullo de las fuentes, y de las últimas armonías de la luz y de las sombras.

Hasta los nombres de la mayor parte de los encantadores sitios de este laberinto, eran los mas agradables y expresivos. El peñasco de que acabó de hablaros, desde donde á larga distancia me veían venir, se llamaba la ATALAYA DE LA AMISTAD. Pablo y Virginia, en uno de sus inocentes entretenimientos, discurrieron plantar allí un bambú, en cuya cima enarbolaban un pañuelito blanco para anunciar mi llegada luego que me avistaban, á la manera que en la montaña inmediata se enarbola una bandera quando se divisa alguna nave en el mar.

Vínome un dia á la idea grabar una inscripcion en la corteza de aquel bambú, pues siempre han sido tan de mi gusto las inscripciones, que por mucho placer que haya tenido en mis viages, al ver una estatua ó monumen-

to de la antigüedad, os aseguro que no es comparable con el que me causa el leer una inscripción bien hecha. Entonces me parece que una mano humana sale de la piedra, se hace oír por entre los siglos, y dirigiéndose al hombre que habita en los desiertos, le dice que no es él solo, y que otros semejantes suyos han sentido, pensado y padecido como él en aquellos mismos lugares. Y si la inscripción es de alguna nación antigua, que ya no existe, hace que se dilate nuestra alma por los campos de lo infinito, y le comunica el sentimiento de su inmortalidad, mostrándole que un pensamiento ha sobrevivido á la ruína de todo un imperio.

Escribí, pues, en el bambú de Pablo y Virginia estos versos de Horacio:

*Fratres Helenæ: lucida sidera,
Ventorumque regat pater,
Obstrictis aliis, præter jâpiga.*

„Que los hermanos de Helena, as-

tros brillantes como vosotros, y el padre de los vientos, dirijan vuestros pasos, y no permitan os sople otro que el zéfiro blando.”

En la corteza de un tacamaco, á cuya sombra solia sentarse Pablo para contemplar desde lejos el mar agitado, grabé este verso de Virgilio:

Fortunatus et ille deos qui novit agrestes!

„Dichoso tú, hijo mío, en no conocer mas que las divinidades campes-
tres!”

Y este otro encima de la puerta de la cabaña de Madama de la Tour:

At secura quies, et nescia fallere vita.

„Aquí habita una buena conciencia, y una vida que no sabe engañar.”

Pero Virginia, que no aprobaba mi latin, decia que el que yo habia puesto en el bambú ó veletá de señales, era demasiado largo y erudito. Yo hubiera preferido, añadió la muchacha.

Siempre agitada, pero constante.

Y habiéndole contextado yo " esa divisa convendría mas bien á la virtud " se puso sonrosada con mi reflexion.

Estas venturosas familias , extendiendo la sensibilidad de sus almas á quanto las rodeaba , habian dado los nombres mas tiernos á los objetos que parecian mas indiferentes. Un vallado de naranjos , de banános y de jamberos , plantados entorno de una explanada de céspedes , donde solian bailar Pablo y Virginia , se llamaba la CONCORDIA. El árbol antiguo , á cuya sombra se contaron mutuamente sus desgracias Madama de la Tour y Margarita , tenia por nombre LAS LAGRIMAS ENJUGADAS. Llamabanse BRETANA y NORMANDIA dos rinconadas sembradas de trigo , fresas y guisantes ; y á imitacion de sus amas , Domingo y María , deseando traer á la memoria los lugares de su nacimiento en Africa , dieron los nombres de ANGOLA y FOULLER-POINTE , á dos terrenos que produ-

cian los juncos de que hacian los canastillos , y donde habian sembrado un calabazar. Asi que , con la vista de las producciones de sus climas respectivos , conservaban estas familias expatriadas las dulces ilusiones de su país , y suavizaban en cierto modo la pena de vivir en una tierra extraña. ¡Ay de mi triste ! yo he visto animarse con mil denominaciones encantadoras los árboles , las fuentes y las rocas de este recinto delicioso , en otro tiempo quando Dios quería , y actualmente tan desfigurado y destruído que , semejante á un campo de la Grecia , no ofrece mas que nombres tiernos , escombros y tristes ruinas.

Pero de quantas situaciones deliciosas ofrecia este circuito , ninguna igualaba á lo que se llamaba el RECREO DE VIRGINIA. Al pie del peñasco de la ATALAYA DE LA AMISTAD hay una concavidad de donde sale una fuente , que á pocos pasos de su nacimiento , forma una especie de

laguna en medio de un prado de yerva fina. Quando Margarita dió á luz á Pablo, le regalé un coco de Indias que me habian dado, y ella sembró sus pepitas á la orilla de las aguas, con el fin de que el árbol que produxeran, sirviese de época algun dia al nacimiento de su hijo; y Madama de la Tour, siguiendo el exemplo de Margarita, plantó allí otro con el mismo intento, quando parió á Virginia. Nacieron, en efecto, dos cocoteros (31) que componian los únicos archivos de la familia, y se llamaba el uno cocotero de Pablo, y el otro de Virginia. Crecieron uno y otro casi en la misma proporcion que sus inocentes dueños, y aunque no perfectamente iguales en la altura, excedian ya á los doce años á la de las cabañas de sus madres; y entretexiendo mutuamente sus palmas, dexaban colgar sus tempranos racimos de cocos sobre la misma taza de la fuente.

A excepcion de los dos cocote-

ros, todo lo demas de la caverna conservaba el mismo adorno que le habia dado la naturaleza, brillando en sus dos lados húmedos y pardioscuros, anchos culantrillos con verdinegra flor en figura de estrellas. Espesas matas de escolopendra fluctuaban en unas partes, á merced de los vientos, suspendidas en el ayre á manera de listones de color verde-purpura; y en otras crecia en abundancia la pervinca (32) ó yerva doncella, cuya flor es muy parecida á la del clavo, ó á la de los pimientos de corteza color de sangre, y mas brillante que el coral. En su circunferencia la yerva balsamina (33), cuyas hojas vienen en figura de corazon, y los basiliscos (34) del olor de la pimienta, exálaban la mas dulce fragancia. Del repecho de la montaña pendian las lianas ó entredaderas, á manera de undosos tendedores de ropa, y formaban en lo escarpado de las rocas dilatadas cortinas de verdor. Las aves de mar, atraídas de la apa-

cibilidad de aquella caverna, iban á pasar la noche en ella; y al poner del sol se veían volar ácia allí á lo largo de la ribera el cuervo y la cogujada marinos, y en lo alto de los ayres la negra fragata (35) y el pájaro blanco (36) del trópico que, como el astro del día, abandonaban las soledades del océano indiano.

Tenia Virginia sumo deleyte en ir á reposar en la margen de aquella fuente, decorada con una pompa magnífica y silvestre á un mismo tiempo. Muchas veces lavaba en ella la ropa de la familia á la sombra de los dos cocoteros, y otras llevaba á pacer allí las cabras, y se entretenía mientras preparaba los quesos con su leche, en verlas levantarse en dos pies para rozar las hojas del culantrillo, y sostenerse, como en el ayre, en las cornisas de las peñas, haciendo hincapié en ellas como sobre un pedestal.

Viendo Pablo que aquel sitio era el privilegiado de Virginia, llevó

allí del bosque inmediato, nidos de toda especie de pájaros, cuyos padres atraídos del amor de sus hijos, fueron al instante á establecerse en aquella nueva colonia, donde Virginia les echaba, á ciertas horas, granos de arroz, de maíz y mijo. De modo, que luego que ella se presentaba, los mirlos silvadores, los bengalíes (37), cuyo gorjeo es tan delicioso, los cardenales (38) de plumage color de fuego, dexaban los zarzales; los papagayos verdes como esmeraldas, baxaban de los lantaneros inmediatos; las perdices corrían por entre la yerva, y mezclados unos con otros llegaban, como si fuesen gallinas, hasta sus mismas plantas. Ella y Pablo se entretenían, por lo regular, en observar sus juegos, sus inclinaciones y sus amores.

¡Amables niños! vosotros pasabais así los primeros días en la inocencia, ejercitándoos en hacer bien. ¡Quantas veces vuestras madres estrechándoos tiernamente en sus bra-

zos en aqueste mismo sitio , bendecian al cielo por el consuelo que preparabais á su vejez , viendoos entrar en la vida , báxo de tan felices auspicios ! ¡Quantas , á la sombra de estos peñascos , he participado con ellas de vuestras comidas campestres , que á ningun animal habian costado la vida ! Calabazas llenas de leche , huevos frescos , tortas de arroz en hojas de banáno , cestos colmados de batatas , de ambas (39) , de naranjas , de granadas , de banánas (40) , de ananá (41) y de atas (41) , nos ofrecian á un mismo tiempo los manjares mas saludables , los colores mas alegres , y los jugos mas sustanciosos .

La conversacion que tenian era tan inocente y agradable como los mismos manjares de que usaban en estos festines . Por lo comun Pablo no hablaba en ellos , sino de lo que habia trabajado aquel dia , y de lo que tenia que trabajar el siguiente ; y continuamente estaba pensando en algun tabajo útil para la comunidad . "Aquí,

segun él , las sendas no son cómodas : allá los asientos no están del todo blandos ; estos nuevos emparrados no dan la sombra necesaria ; Virginia estará mejor allí .²⁷ Y otras reflexiones á este tenor .

En tiempo de lluvias pasaban el dia todos juntos en casa , ocupados amos y criados , en hacer esteras de yervas , y canastillos de hojas de bambú . En las paredes se veían colocados con el mejor orden , rastrillos , hachas , hazadones ; y al lado de estos instrumentos de agricultura , las producciones correspondientes á cada uno de ellas , como sacos de arroz , gavillas de trigo y cuelgas de banánas , tan delicado todo , como abundante . Virginia enseñada por su madre y por Margarita , aprovechaba estas temporadas en hacer compótas , licores y bebidas cordiales con el jugo de las cañas de azucar , de limon y de acimboyas (43) .

Por la noche cenaban á la luz de una lamparilla , y despues de cenar